

La Tortuga de oro

Cada año en la misma época se reúnen los animales y las hadas de cada país en una pequeña isla entre los continentes para celebrar una gran conferencia y deliberar sobre lo que toca en el momento. En una mañana algo turbia dijo la culebra, que representaba a un pequeño país africano: "Tengo algo que proponerles" y presumidamente miró a su alrededor. "¿Y?", el cocodrilo de Egipto bostezó, se preparó para lanzar uno o dos comentarios, que sonaran útiles, y dormir el resto de la sesión. " El problema, sobre el cual debemos hablar en el día de hoy", continuó la culebra silbando imperturbablemente, "es que no nos comprendemos unos a otros. Solamente los más instruidos de nuestro pueblo están en condiciones de hablar más de dos idiomas y nunca se trata de los mismos."

Los animales, que ya muchas veces habían esquivado hábilmente esta cuestión porque era incómodo pensar sobre problemas, a los que no se tenía respuesta y a los que ahora se veían enfrentados, nerviosos se pusieron a escarbar con sus patas y a murmurar.

"¿Y?", preguntó nerviosamente el duende irlandés volteando su olla de oro para poder sentarse (a causa de la catastrófica situación económica mundial no había en ella otra cosa que un botón). "Hasta ahora siempre nos arreglamos, ¿no es cierto?" "No, no es cierto" constató una oveja del altiplano escosés, en representación de Nessie, la que se encontraba resfriada. "Nos vemos incapaces de transmitir noticias importantes. Los coalas de una parte de la selva no saben, que la otra parte está ardiendo. Los peces mueren por la contaminación de las aguas en otros países, porque nadie les dice, que la peste petrolífera se está aproximando.

Y nosotros, que mantenemos esta conferencia, debemos sortear cada año sobre el idioma, en que conversar. ¿A eso llamas arreglarse?" La oveja baló para subrayar sus palabras, se echó y se puso nuevamente a rumiar

Un rato reinó silencio, durante el cuál en la cabeza de algunos animales especialmente perezosos se desarrollaban ideas asesinas contra la oveja inexperta. De pronto el león de Arabia se adelantó decididamente: " Debiéramos aceptar mi idioma." El león levanta la pata y mira demostrativamente sus garras. "Porque soy el mas fuerte, rápido y peligroso de todos nosotros y es ley de la naturaleza, que el más fuerte gane. De esa manera se soluciona el problema. Todos aprenderán mi idioma y así se entenderán unos a otros." "No, no", respondió una lagartija, de la que nadie sabía bien de donde venía, "se hablará mi idioma. Soy el animal con el árbol genealógico más largo. Además desciendo de los dinosaurios y ante tanta tradición debo saber lo que es bueno."

En la multitud se escuchaban murmuraciones aprobatorias y la lagartija le mandó al león una mirada de desprecio. "¿Por qué no el mío?" gritó una voz alta para imponerse al bullicio, y cuando un rinoceronte dió un paso a un costado apareció un conejito."Soy muy fecundo y el idioma de mi país también lo será". Una hiena se rió y una cebra le dió una coz en el hocico. "Yo también soy muy fecundo, tomamos mi idioma", dijo un ratón con precaución. "¡Y yo!", gritó un marsupial simultáneamente con una antílope. "¡Y yo!", grunó un leopardo.

Pronto se pudo constatar, que cada animal y cada país querían que su idioma fuera hablado por todos y que ninguno quería dar su brazo a torcer en favor del vecino, hasta que una pequeña tortuga, que no representaba a ningún país, ya que vivía en una pequeña isla, oyó los gritos y empezó lentamente, tal como es la costumbre de las tortugas, a arrastrarse hacia la reunión. Al llegar allí buscó la roca más alta de los alrededores y se subió a ella.

"SILENCIO", un terrible rugido hizo temblar a los animales y de pronto todos miraron fijamente, como tirados por una cuerda, hacia una manchita sobre una gran roca. La tortuga sonrió contenta y se felicitó por su voz potente. "Pienso," dijo alzando su voz, "que tengo la solución para vuestro problema". Nuevamente la hiena se rió, pero a tiempo se tapó con una pata la boca dolorida, para evitar, que le den nuevamente un golpe.

"¿Por qué no crear un idioma nuevo?", continuó hablando la tortuga sobre su roca. "¿Por qué no crear un idioma nuevo, que todas las criaturas de este mundo puedan aprender y pronunciar con facilidad. Un idioma que no trae desventajas ni ventajas a ningún país?". La tortuga observa a los animales debajo de sí, que perplejos se miraban unos a los otros, y esperó que su idea sea aceptada. "¿Y de que manera...?" el león empezó lentamente y con rencor, "podríamos crear ese idioma?". La tortuga realizó un movimiento triunfante con su pata, pues durante su larga travesía hacia la reunión había tenido bastante tiempo para meditar profundamente sobre el asunto.

"Les explicaré", comenzó y siguió hablando durante muchas horas y cuanto más hablaba y explicaba el idioma, tanto más los animales se sentían atraídos a él. " ¡Grandioso!", dijo el cocodrilo. " ¡Maravilloso!", dijo el león. "Debemos premiarla", decidió el duende irlandés. "¡Naturalmente" consintieron todos los animales. "¿Pero cómo?"

"Yo me encargaré", una voz enérgica se hizo escuchar a través de la multitud y el hada de Hollywood, en los EE.UU., voló hacia arriba a la piedra donde la tortuga estaba en cuclillas. Levantó su varita mágica, pronunció una fórmula mágica y una lluvia de oro cayó sobre el cuerpo de la pequeña inventora del idioma hasta que la misma quedó totalmente cubierta de oro de los pies hasta la cabeza.

"Reconocemos para siempre, que has sido la mayor ayuda para nosotros y tendras el deucho a participar en todas nuestras reuniones", dijo el hada y la multitud debajo de ella aplaudió. "Agradecida, agradecida", el hada hizo una reverencia y voló de nuevo al sitio, de donde había venido. Pero la tortuga, encima de la roca, sonrió con su sonrisa más amplia opinó que en resumidas cuentas podía estar muy contenta consigo misma.

Una historia verdadera, contada por Katharina von Radziewsky en junio del año 2003.

Traducida por María Esperanza Alfaro Puente y Delia Pick en Castellano.